

EL LEGADO DEL HOMBRE SALVAJE EN EL MUNDO DE JUAN LOBÓN

Guy H. Wood
Oregon State University

Introducción.

El mundo de Juan Lobón (1967) de Luis Berenguer es la historia de José Ruiz, alias Juan Lobón, un histórico cazador furtivo de Alcalá de los Gazules (Cádiz), supuestamente redactada por él mientras espera su juicio en la cárcel. En "Cuatro Cosas Para Antes de Comenzar," el prólogo con que el preso inicia sus ficticias aventuras y desventuras de furtivo en la serranía gaditana, se lee lo siguiente: "Lo que un cazador conoce, sólo otro cazador puede conocer,..."¹ En principio esta afirmación alude a lo que Juan llama "los saberes del monte," la suma de conocimientos y experiencias venatorios que le permiten vivir de la caza y que, además, hermanan y distinguen a los furtivos, las "escopetas calientes," de los demás seres humanos. En la primera parte, "La Fragua," el cazador narrador indicará continuamente cómo esta pericia cinegética se hereda y se transmite de una generación a otra. Un ejemplo: "Cazando con padre todo tenía sentido... se aprendía a ver a otro cazador antes..., a calar un volar de pájaros, si van aciscados por hombre, vaca o por su aire" (28). Son estos conocimientos los que el protagonista irá impartiendo a lo largo de su historia, sabiduría que aparentemente el lector o ha de tener o debe aprender a apreciar, si de veras quiere captar la esencia de esta "heteroautobiografía autodiegética."²

-
1. Luis Berenguer, *El mundo de Juan Lobón* (10). Todas las referencias textuales provienen de esta edición cuyo número se indica entre paréntesis.
 2. Véase mi artículo "Autobiografía y narratología en *El mundo de Juan Lobón*" que aparecerá en breve en *Letras Peninsulares*.

Asimismo, hacen alusión a la hermandad que fusiona el legendario cazador con su amigo, compañero de caza y creador Luis Berenguer (1923-71).³ Al parecer, *El mundo de Juan Lobón* es una novela concebida por y para cazadores, siendo éstos los que se sentirán especialmente identificados con las actividades venatorias que fundamentan gran parte de la carga argumental y simbólica de la obra, y a quienes Juan, como cazador profesional, también pretende enseñar, contándoles sus penalidades e inquietudes vitales, no sólo lo que es la caza verdadera sino la situación real de los cazadores de su comarca.⁴ Obviamente, no todo el monte es orégano en el mundo de Juan, ya que el preso termina su prólogo con esta frase desalentadora: "Al cazador sólo le queda la caza peor, que es de la que voy a contar una pocas de cosas" (18).

Aparentemente, este evangelio cinegético, según Lobón/Berenguer, descarta de antemano la entera participación y completa comprensión del gran público lector, nada ducho en asuntos de caza. Pero ni siquiera don Senén, un abogado que persigue a Juan y ha escrito tratados de caza, entiende del todo al cazador cuando habla. Juan defiende el uso de su lenguaje cinegético y rechaza la actitud altanera del picapleitos con estas palabras:

Se burreaba de mí porque a las gallaretas [fojas] les decía gallaretas, al gandano [zorro], gandano. Una vez hasta se trajo un libro para enseñarme que no había palabra que se decía hechío, para mentar los escarbaderos de los conejos. Gallaretas y gandanos y hechíos los hubo siempre y siempre los habrá, los mienten por ahí como los mienten (43).

-
3. *El mundo de Juan Lobón* obtuvo el Premio de la Crítica en 1968. La segunda novela de Berenguer, *Marea escorada* (1968), fue Premio Nacional de Literatura, y su tercera novela, *Leña verde*, fue galardonado con el Premio Alfaguara en 1972. Sus otras novelas son: *Sotavento* (1973), *La noche de Catalina virgen* (1976) y *Tamatea, novia de otoño* (1980).
 4. Las similitudes entre *Juan Lobón* y varias novelas de Miguel Delibes son marcadas. Véase mi artículo "*Las ratas y El mundo de Juan Lobón: dos novelas cinegéticas.*" *Selecta*. (8) 1987: 144-51. En este estudio indicaré algunos de estos paralelismos citando las afirmaciones más recientes del novelista castellano en su recién publicado tratado de caza, *El último coto*.

Si antropológica y lingüísticamente hablando el lector se halla en otro mundo, geográficamente Berenguer le hace comprender que se halla en un hábitat también insólito.⁵ Comenta un personaje: "Aquí no se puede venir en auto sino montado en pájaro o en aeroplano" (101). En el mundo de Juan Lobón, el lector -como don Senén y los demás "escopeteros" que vienen a explotar la buena caza de la comarca- es como un extraterrestre. El descubrimiento novelesco de este lugar remoto, y en particular, la naturaleza de sus autóctonos y la manera de expresarse no sólo le confundirán, sino que este choque cultural pondrá en tela de juicio los supuestos valores de la civilización y el humanismo modernos que tampoco han irrumpido en este enclave olvidado.

Ahora bien, el continuo éxito que viene gozando la novela desmiente la efectividad de tan singular enfoque cinegético, aunque, repito, al menos parte de la perdurable popularidad de *El mundo de Juan Lobón* sí se debe a su romántico y llamativo ambiente venatorio y al afán de Juan de defender su oficio y manera de ser.⁶ Yo creo que la favorable acogida de esta obra estriba en la genialidad con que Berenguer crea un protagonista representativo de algo mucho más profundo que un mero cazador por antonomasia, y cuya "persona" y cuyo "mensaje" serían comprensibles incluso para el lector cosmopolita totalmente ajeno al mundo señorial, si no paleolítico, de los años treinta a sesenta en el *hinterland* gaditano en que el literato ambienta su opera prima. Para poder universalizar a Juan Lobón, Berenguer tuvo que relacionarlo con otro personaje -casi siempre emparentado con la caza y una geografía agreste- que resulta ser de rancio abolengo en la literatura y artes plásticas españolas, y, por ende, más conocido por el gran público lector. Esta figura recibe el apelativo del "hombre salvaje".

5. En una entrevista con Juan Lobón, el 14 de diciembre de 1988, el cazador confesó lo siguiente: "Yo no sé escribir." Delibes sigue explotando los preciosismos cinegéticos en sus libros. En *El último coto* apunta: "Desconozco la razón por la que en estos pagos de La Lora llaman baribañuela al alimoche, pero es un apelativo más suave, más poético, más musical,... Pero ahí está el nombre: baribañuela para los amantes de localismos y dialectólogos" (198). Esta musicalidad es una de las razones por las cuales prefirió dejar narrar a su amigo cazador.
6. En 1989 TVE creó una serie televisiva basada en *El mundo de Juan Lobón* que resucitó el interés del público espectador en la novela. En ella se aprecia perfectamente la diferencia entre la caza auténtica de los furtivos y la artificial de los señores.

Mi propósito es, pues, el de investigar el legado del hombre salvaje en *El mundo de Juan Lobón*. Para facilitar la aprehensión de esta tradición en la obra, voy a resumir algunas de sus múltiples manifestaciones siguiendo un cierto orden cronológico que empieza con la mitología de la Antigüedad; pasa por las leyendas folclóricas, la literatura e iconografía de la Edad Media y el Renacimiento; recalca la aparición e importancia del llamado “noble salvaje” en España y llega hasta la marginación o “desespacialización” del buen salvaje en el siglo XX. Me basaré en esta evolución artística de la fiereza por varias razones. En primer lugar, no sólo permite comprobar la inspiración silvestre de Juan Lobón, sino que revelará cómo Berenguer compendia y entremezcla los papeles tradicionales del hombre salvaje -protector, fecundador, rebelde, etc.- para crear un personaje complejo, ambivalente, sumamente irónico y, por tanto, fascinante. Por otro lado, esta breve equiparación intertextual del arquetipo del hombre salvaje detallará la genial coherencia temática entre Juan Lobón y los demás personajes, además de subrayar la progresiva metaforización de la caza y la figura del cazador en la novela. La dilucidación de este proceso a su vez indicará la pericia con que Berenguer genera un vínculo afectivo entre el furtivo y sus lectores. Finalmente, este análisis de la continua modificación simbólica del hombre salvaje descubrirá la fuerza alegórica que suscita el buen furtivo. Todo esto explicará la destreza con que Berenguer renovó el mito del hombre salvaje, cómo éste fundamenta la redacción de la novela y aporta una marcada unidad estructural a la obra.

Juan Lobón: Hombre Salvaje.

El término “hombre salvaje” tiene muchas connotaciones y variantes puesto que su leyenda se pierde en la noche de los tiempos y perdura hasta hoy. En general, se aplica a un hombre (o, como se verá en breve, a una mujer) que vive fuera de la “civilización,” ya sea en un desierto, en un bosque, o en una sierra, y que tiene unos rasgos físicos animalescos. Suele ser un hombre hirsuto y barbudo (o cubierto de pieles),⁷ de imponente tamaño y gran fuerza física, que lleva una maza, vive solo en una cueva y cuyo comportamiento es

7. Escribe Husband: “...hairiness was a visual cipher bestowed upon the medieval wild man to indicate, in part, his existence outside man's civilized order... The convention of hairiness... signified... a debased mental state” (7).

agresivo. Aunque Juan nunca indica que sea hirsuto, sí tiene los demás atributos del hombre salvaje. Una vez, ante el asombro del pueblo, levanta una mula del suelo, tal es su fortaleza: No lleva una cachiporra sino una escopeta, si bien ésta puede considerarse un simbólico equivalente moderno de la virilidad y agresividad. No duda en amedrentar a sus contrincantes soltándoles "trabucazos" o pegando "el cerillazo" a sus campos. Finalmente, vive fuera del pueblo en una cueva. Es más, prácticamente la totalidad de los personajes le tacharán en alguna ocasión de fiera o animal. Juan parafrasea un artículo calumnioso que don Senén manda publicar en el periódico local así: "Decía que mi padre,... andaba de noche por el monte mientras madre se quedaba con los gandanos [zorros], y, a lo mejor, resultaba que yo era mitad hombre y mitad gandano" (50). Eso sí, a diferencia del hombre salvaje proverbial, Juan sabe leer y escribir, y esta distinción determinará su contemporaneidad. Examinemos, pues, la ascendencia salvaje del legendario furtivo andaluz.

Tal vez la primera manifestación española del hombre salvaje sea el mítico superhombre de epónimo pluricéfalo -Melkart, Herakles o Hércules. Con su piel de león, maza y luenga barba, Hércules ha protegido simbólicamente a varias zonas de España- el Estrecho de Gibraltar, Cádiz y La Coruña. Es, sin duda, un semidiós, fundador de ciudades y dinastías, muy caro a la ciudad y provincia de Cádiz, dos de los ambientes literarios predilectos de Berenguer. Tampoco resulta difícil establecer una relación cinegética entre Hércules y Juan Lobón, ya que aquél "capturó a la extraña corza de Cerinera, que lucía cuernos de oro y calzaba patas de bronce" (Sánchez Dragó 194). Juan, como Hércules, también se responsabiliza por la gente humilde de la serranía. Rememora: "En casa de Pablo partíamos el bicho en cachos y allí venían a buscar carne unos y otros y, el que podía, la pagaba, y el que no, se la llevaba sin pagar" (76). La bondad y firme lealtad que Juan tiene para con los campesinos de la comarca es incuestionable. Asimismo, protege la flora y fauna ante los estragos del progreso y la creciente presión cinegética. El cazador subraya su ansia ecologista con estas palabras: "..., desde aquí puedo decir que yo cuidé el veda-do más que su dueño y más que todos los guardas juntos" (164). Juan Lobón se entronca perfectamente con el papel de protector y continuador de tan larga tradición en el folclor del hombre salvaje. Al igual que Hércules y otros héroes populares españoles -Viriato, El

- 7 Cid, Fernán González, don Quijote-, deshará entuertos y reparará agravios en defensa de los suyos y en nombre de una justicia para todos; de ahí gran parte de su encanto.

El hombre salvaje también fue objeto de culto y curiosidad en la España de la Edad Media. Isidoro de Sevilla ilustró su libro, *Etimologías* con imágenes de hombres salvajes. En la cantiga número 47 de Alfonso el Sabio aparece la figura de un “ome mui feo,” y, en los alfarjes de la iglesia de San Millán de Los Balbases (Burgos) se han descubierto extrañas pinturas mudéjares de un hombre y una mujer salvajes del siglo XIV.⁸ Durante el medievo el hombre salvaje siempre se consideró como un gran cazador. Pero, por ser la encarnación mítica del caos, la herejía y la locura, también será el objeto de cacerías simbólicas destinadas a liberar a un mundo obsesionado con el orden y la religiosidad de la presencia (¿subliminal?) de estas amenazas o fobias. El hombre salvaje servía, pues, para yuxtaponer las normas de conducta aceptadas por la sociedad “civilizada” con el concepto abstracto de “no civilizado” de la vida silvestre.⁹ En su prólogo Juan explica que está preso y que ha vivido siempre bajo la amenaza de ser “trincado” por “los del señorío” en cuyas tierras ejerce su oficio. Estos representan el orden social oficial establecido por el régimen franquista y el cazador siembra el caos en sus vedados matando piezas, a pesar de los guardas, tablillas y leyes. Desde la perspectiva de los señores, y como veremos con más detalle enseguida, la barbaridad de Juan frisa en la demencia. Su marginación, autonomía y pasión cinegética lo enfrentarán con el sectarismo sociopolítico de los caciques. Juan no es ateo, sino un incrédulo o no creyente en el sistema vigente. En una de sus múltiples trifulcas verbales con don Gumersindo, el dueño de la Zarza, el cortijo en cuyo vedado Juan cobra muchas piezas, aquel exclamará: “-No tú no eres un león, eres un ganadero al que no se le puede meter un tiro entre las orejas...” (154). Juan Lobón, además del continuador de su linaje, es un hom-

8. Véanse los artículos de Madrigal y Keller y Madrigal. Estos afirman lo siguiente: “The beam painting ‘wild man’ together with the notice made by Madrigal of the wild man in the illumination in the *Cantigas de Santa María* in the thirteenth century offer strong evidence of medieval Spaniards’ firm belief in and conception of those wild and sometimes semi-human beings which moved through folklore, literature and the various genres of art” (26).

9. Estas ideas son de Husband.

bre perseguido por la falsa supremacía cultural de una civilización amedrentada pero opresora. No cabe duda que se vincula estrechamente con el trastornado hombre salvaje medieval.

Durante el Renacimiento español la figura del hombre salvaje se observa en todas las capas sociales y está presente en una plétora de costumbres y manifestaciones artísticas de variable significación. Por ejemplo, se celebra una *danza de salvajes* en Toledo en 1545 para festejar la elección del nuevo cardenal Silíceo, un espectáculo de raíces paganas que se practicaba en otras partes de Europa (Bernheimer 70). Garcilaso de la Vega, el Inca, relata en sus *Comentarios reales* (1609) la aventura histórica de un naufrago en una isla del Caribe -un tal Pedro Serrano- cuyo cuerpo se cubrió de pelo y, después de ser rescatado, volvió al Viejo Mundo para sacar provecho de su anormalidad exhibiéndose y contando su historia en las cortes de Europa. Daniel Defoe se inspiró en el naufrago español para crear un inmortal personaje silvestre Robinson Crusoe. Del mítico arquetipo medieval que encarnaba el caos, la herejía y la locura, el hombre salvaje de tiempos renacentistas se convertiría en una figura entre verdadera y ficticia, a la vez benigna y malévola, retraída y agresiva, loca y cuerda. Berenguer explota esta misma ambivalencia entre lo legendario y lo real para potenciar la ambigüedad de su protagonista: un tal José Ruiz que incluso en su propio pueblo se le conoce por Juan Lobón, y que según las circunstancias en que se encuentre y la perspectiva desde la que uno le contemple, puede parecer o tímido o temible.¹⁰ En la España renacentista el hombre salvaje también pasa a ejemplificar a un ser libre, sabio y capaz de vivir en armonía con la Naturaleza. Con sus "saberes del monte," vida independiente e inquietudes ecologistas, hay que considerar a Juan como un descendiente directo de susodichas fieras humanas.

A los espectáculos festivos y al caso verídico relatado por Garcilaso, hay que agregar la rica iconografía del hombre salvaje en la España moderna: los tapices, tumbas esculpidas y grabados, etc., en los que la figura del hombre salvaje encierra una simbología polifacética. Examinemos brevemente un ejemplo de esta presencia plástica

10. Afirma Renard: "But the Wild Man does not belong solely to the domains of literature, art and folklore. We also find, throughout the centuries, a belief in the real existence of these creatures, a belief founded on sightings and rumours" (66).

y metafórica del hombre salvaje en el siglo XV para averiguar cómo Juan Lobón se emparenta con la evolución artística del salvajismo y su creciente ambivalencia. El grabado de “un cavallero assí feroz de presencia como espantoso de vista” (81) en *Cárcel de amor* (1492) de Diego de San Pedro es una muestra de la iconografía del hombre salvaje dentro de la literatura española. Mediante un contraste con la vida al aire libre del salvaje, el autor pone en entredicho la vida rígida, protocolaria de la aristocracia, además de abogar por una reversión a un estado de primitivismo como válvula de escape para la clase noble. “Los del señorío” de *El mundo de Juan Lobón* van de caza para desahogarse y oxigenarse. Estos “escopeteros,” si bien dependen totalmente de Juan para cobrar sus trofeos, intentarán emular la espontaneidad y libertad de su secretario retornando a la naturaleza. Pero irónicamente, sus excursiones sólo sirven para subrayar las restricciones e hipocresía de una clase que no ha cambiado en quinientos años. Juan resume una “cacería” de cabras monteses con un señorito así: “...lo subí a borricate y pude llevarlo arriba, ponerle la manta en el suelo, cargarle el rifle, decirle dónde se veía un cabrón...” (106). Juan se granjea el cariño del lector cebándose en la decadencia de la aristocracia rural a lo largo de su autobiografía. Otro ejemplo: “Yo iba al lado de Paco, el de la Médica, que iba guiando; don Gumersindo, detrás, pero nos venía mareando de los pedos que tiraba y teníamos que abrir las ventanillas con disimulo” (298). Estando los de “las uñas limpias” en el campo, desaparece hasta el aire libre que todos quieren respirar. Eso sí, en este ambiente natural y machista, estos hombres civilizados recobran su libertad perdida y se deshacen de sus inhibiciones, aunque tengan que comprobarlo dando rienda suelta a sus flatulencias. Lo importante aquí es recordar que el conjunto de sensaciones -miedo, envidia y simpatía- que causaba el hombre salvaje en el artista y en su público de hace medio milenio se explota y se repite en *El mundo de Juan Lobón*.

Sin duda, el deseo de “dar gusto al dedo” en la recreación de los señores raya en la demencia. Este delirio cinegético no aparece en *Cárcel de amor*, claro está, pero sí se relaciona con dos temas principales de la novela sentimental: el deseo y el amor. Declara el hombre salvaje: “...llámanme por nombre Deseo” (San Pedro 84), para acto seguido encerrar en su cárcel a Leriano, el protagonista, con el fin de constreñir su “enamorada condición.” Es decir, el castillo

de amor de San Pedro alegoriza la constancia de Leriano al mismo tiempo que sirve para controlar su pasión. Este mismo antagonismo, ahora entre el amor y el deseo de cazar, constituye una las piedras angulares de la temática de *El mundo de Juan Lobón*. El amor que Juan siente de muy joven por la Encarna, la hija de Pablo, otra de las "escopetas calientes" de la novela, junto con su deseo de continuar ejerciendo su oficio crearán uno de los principales conflictos espirituales y sentimentales del protagonista. Y estas dos pasiones lo atormentarán a lo largo de su escrito. La caza es de por sí una vocación llena de penalidades, pero los enfrentamientos con los guardas de la Zarza tienen consecuencias muy graves para el furtivo. Describe los efectos de una paliza así: "Dieciocho meses y diez días estuve traído y llevado a todos los médicos que hay en el mundo... Yo estaba como muerto, sin mover brazos ni piernas,..." (307). Por otra parte, Encarna, obviamente enamorada de Juan, aborrece la idea de seguir viviendo bajo el espectro del miedo y la infamia que conlleva el oficio de su padre y su novio. Tal vez sea ella quien más presione al cazador para que deje de cazar y lo recrimine por ser un salvaje. En una ocasión exclama a su novio: "...quiero vivir como todo el mundo, no como las fieras" (170). Pero Juan permanece fiel a su destino, y en "Cuatro Cosas" se explica: "Cuando se mienta un cazador, se mienta el que se ha casado con la caza, no el que chicolea con ella..." (11). Berenguer crea un personaje cuya "enamorada condición" también fluctuará entre la represión (la cárcel y la estrechez de Encarna) y la libertad (el furtivismo y la naturaleza), pero cuyo deseo le trastornará al igual que los de Leriano de *Cárcel de amor* y los "escopeteros" que retrata en su novela autobiográfica.

Si los demás explotan la pasión cinegética de Juan para que les proporcione trofeos o comida, Encarna también se aprovecha de la bondad y el amor de Juan para conseguir otros favores. Cuando su hermano Pencho cae enfermo, exige a su novio furtivo que suba al vedado a fin de conseguir con lo que caza el dinero necesario para pagar el sanatorio para su hermano. Después de cumplir esta sentencia pasando nada menos que diecisiete días seguidos en el monte, vuelve este "siervo libre de amor" y Encarna se entrega, acto que decepciona a los dos. Escribe Juan: "No fue como en las novelas de fulanas, sino que los dos estábamos avergonzados y se nos salía el

corazón por la boca del sofoco y del coraje de no saber” (219).¹¹ Debe anotarse que Juan sólo describe dos encuentros sexuales con Encarna a lo largo de su escritura y los dos son, al parecer, malogrados. El segundo tiene lugar en un banco de un parque en Jerez de la Frontera. Juan lo recuenta así: “Yo estaba avergonzado, desabotonado, pringado de arriba y abajo y con ganas de morirme, porque le manché el vestido nuevo y porque [Encarna] decía que no había pasado nada” (360). No obstante, Encarna se queda embarazada por segunda vez: la fecundidad de la casta de los cazadores es innegable. El papel de continuador del hombre salvaje que se remonta a los albores de las tradiciones carnales y se relaciona con el mito de Hércules, engendrador de linajes, también hace acto de presencia en *El mundo de Juan Lobón*.

Esta ingenuidad e inocencia contrastan con la perversidad de los señores. Juan describe así las condiciones de trabajo de los empleados en la fábrica de sillas de la Zarza: “Pero... casi todas eran mujeres y antes o después, por jóvenes o por viejas, por guapas o por feas, pasaban por las armas de don Gumersindo...” (154).¹² Berenguer compagina el instinto sexual y el amor natural entre Juan y Encarna con la lujuria y la hipocresía de los señores, dejando para el lector el enjuiciar los grados de salvajismo de las dos clases que se enfrentan en su novela. Eso sí, la piedra de toque que distingue entre los amores verdaderos de Juan -la caza y la Encarna- y los amores falsos de los señores -la concupiscencia y las batidas-, es la constancia del furtivo.¹³ Si bien Juan comprende las necesidades sexuales de los demás, le ofusca su “querencia” cinagética. Confiesa: “Yo no sé de dónde vino esa calentura tan malísima, que puso contagio en grandes y chicos, del señorío, de media clase y de clase pobre”

11. Escribe Husband: “Indeed his [the wild man's] inept social abilities apparently limited him to only that cooperative union required for procreation” (3). En este sentido, Juan también se asemeja al hombre salvaje tradicional. *Juan Lobón* es una novela abierta y la relación tormentosa entre Juan y Encarna no se soluciona al final de la “autobiografía,” aunque sí se resuelve el problema del heredero de la “casta”.

12. En la Baja Edad Media este cambio se observa en los “asaltos” al Castillo de Amor. Escribe Howard. “The theme of the struggle against evil is carried out in the storming of the castle, not only a bastion of vice, but an outmoded social order...” (p. 78). Juan asalta La Zarza, el cortijo de don Gumersindo, y los vicios que encierra y el desfasado orden social que representa.

13. Esta idea es de Fernández Jiménez.

(117).¹⁴ Parece que la pasión instintiva y el deseo de “volverse paleolíticos” de vez en cuando que arrastra la caza, instan a muchos hombres a desatender al bello sexo y abandonar las obligaciones impuestas por la civilización.¹⁵ Al menos Juan admite que está casado con la caza. En definitiva, la autobiografía del furtivo fascina porque el cazador manipula las ficciones de la artificialidad y la naturalidad con el fin de aproximarse a la verdad de un mundo tan complejo y que puede ser visto de tantas maneras.

Pero la caza apasiona a algunas mujeres también y Berenguer explota esta locura para crear una cazadora estrechamente vinculada al tema de este estudio. Hay cuatro “escopetas calientes” principales en *Juan Lobón*, el supuesto narrador; Pablo, el padre de Encarna; el Goro, que después de una paliza a manos de la Guardia Civil que le deja sordo, se hace guarda; y Martina, la dueña del Ventorrillo del Humo. Martina es el otro personaje femenino importante de la novela y resulta doblemente interesante porque, como se espera mostrar, además de furtiva, se emparenta con la llamada mujer salvaje, una figura que también goza de una larga presencia en la mitología, leyendas populares, iconografía y literatura de Occidente.¹⁶ En la tradición europea, la mujer salvaje se representa como una arpía libidinosa, una bruja cuyo parentesco se remonta al de la *lamia*, una bruja comedora de niños de la Antigüedad griega, y a la de las *agrestes feminae quus silvaticas vocant* de las supersticiones alemanas, y que

14. Delibes también crítica a los “pirómanos” y “artificiosos” que estropean la caza para todos. El siguiente pasaje de *El último coto*, aunque versa sobre el “buen escopetero,” podría haber salido de la pluma de Berenguer/Lobón: “El verdadero cazador es protector convicto, no sólo porque la naturaleza le provee de los animales que necesita para su esparcimiento sino porque su aspiración suprema consiste en disfrutar sus ocios en un medio incontaminado” (122).

15. Sin duda, Berenguer se inspiró en el magistral prólogo que Ortega y Gasset escribió para el libro *Veinte años de caza mayor* de su amigo el Conde de Yebes. El gran pensador también se basa en la noción del salvajismo para explicar la pasión cinegética: “Son, en efecto, pasmosos la naturalidad y la prontitud con que al ganar el monte,... nos despojamos de las preocupaciones, temple y modos del personaje actual que éramos y rebota en nosotros *el hombre silvestre*...” (98). Los subrayados son míos.

16. Keller y Madrigal describen la mujer salvaje de los alfarjes de la Iglesia de San Millán en Los Balbases (Burgos), la primera aparición iconográfica de tal tipo de mujer en España, así: “She is a hideous, hybrid creature, a mingling of beast of prey (a lion perhaps), a bat, and a woman. She is like nothing seen in other paintings or genres of Spanish iconography... We know of no story or legend from which she might have sprung...” (125).

en Francia se llamaban “dames vertes.”¹⁷ Si antiguamente su rasgo más característico era su actitud erótica y seductora, no debe sorprender que Berenguer conserve este papel tradicional en la novela. Pablo caracteriza a Martina así: “-Tenía algo calentón, como las potras” (90). Juan confirma lo dicho por su amigo: “Martina tiraba como un hombre, pero era mujer viciosa que le daba a todo: al vino, a la poca vergüenza, al chivato y a quitarte lo que podía” (90).

En muchos casos la mujer salvaje era una ogra, de fuerza descomunal, de greñas negras y enormes pechos pendulantes, pero capaz de convertirse en una bellísima joven con el fin de poder atrapar sus presas masculinas. Aunque Martina no tiene los poderes mágicos de sus precursoras legendarias, Juan cuenta lo siguiente de su juventud: “Dicen que por estar tan buena, los señoritos la llevaban a las batidas, la metían en al aguardo, y de allí salía ella como las gallinas, arreglándose las plumas, para correr con otro tirador” (90). Martina es, sin duda, la “escopeta caliente” más caliente y más desaprensiva de la novela. Trae a la memoria las serranas del Arcipreste de Hita y debe considerarse un personaje tan ambivalente y tan arquetípico como Juan. Oscila entre ser una mujer libre e independiente y un lastre social. Sostiene una relación simbiótica con el protagonista, proporcionándole clientes y encargos mientras lo engaña en todo lo que pueda. Al final de la novela se redime porque durante el juicio protegerá a Juan testificando en contra de don Gumersindo.¹⁸

El Noble Salvaje y Juan Lobón: Una Lectura Alegórica.

Aunque el mito dorado del noble salvaje alcanza su apogeo literario durante la Ilustración francesa, su génesis data de la España de finales del siglo XV.¹⁹ Surge a raíz de las descripciones de los indios del Caribe en el *Diario* de Colón y en las crónicas de Bartolomé de

17. Véase el estudio de Bernheimer, págs. 33-45.

18. La perspectiva de Juan es, obviamente, masculina. Escribe la antropóloga norteamericana Pinkola Estés: “Wild Woman as an archetype is an inimicable and ineffable force which carries a bounty of ideas, usages, and particularities for humankind” (30).

19. Afirma Cro: “...critics have tended to ignore the profound role played by Italy and Spain in the evolution of the myth of the noble savage and the ideal society” (p. ix). Prosigue: “... it was Pedro Martyr, not Montesquieu, who launched the golden myth of the noble savage” (28).

Las Casas y Pedro Mártir de Anglería.²⁰ Pedro Mártir, un humanista italiano afincado en la corte de los Reyes Católicos, evaluó filosóficamente las implicaciones e importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo en un libro titulado *De Orbe Novo* publicado entre 1493 y 1530. Este tratado no sólo revela la posible existencia de un ser incontaminado por el orgullo y la avaricia de Europa en el Nuevo Mundo, sino que establece el tópico de una Edad de Oro más o menos real en ultramar.²¹ Comparemos brevemente las ideas expuestas por el humanista cortesano en torno al salvaje noble y la Edad de Oro con *El mundo de Juan Lobón* y su temática con el fin de captar esta fase de la esencia e inspiración salvajes de la novela. Esta dilucidación nos permitirá equiparar la alegorización del salvaje noble de los ilustrados franceses, sobre todo el de Rousseau, con un proceso casi idéntico en la primera novela de Berenguer.

Para Pedro Mártir, los indios del Caribe vivían felizmente en un paraíso perdido, el concepto de "illis beatories." Si nos fijamos en el mapa prólogo que Juan traza para iniciar su historia, los pictogramas de corzos, venados y jabalíes indican que nuestro cazador vive en una tierra de promisión cinegética.²² Tanto es así que Juan raramente se inquieta por su situación económica, y como los indios americanos, desprecia el dinero. Al igual que éstos a Juan le interesan mucho más los útiles y herramientas.²³ Cuando la Guardia Civil le quita una escopeta nueva que le regalaron unos señores, escribe Juan: "Puedo decir

-
20. Escribe Ortega y Medina: "Colón busca riquezas y aquellos primeros isleños no daban prueba de poseer muchas; entonces se siente obligado a disimular su desencanto áureo mediante la descripción de las edénicas islas que iba descubriendo ('muy bellas, de montes sublimes y agradables a la vista, de campos feraces') y de los habitantes ('gentes ingeniosas, bienproporcionadas, como calcas de estatuas antiguas, tímidas y espléndidas, inocentes, de bonísima fe y dadivosas:)' (20).
21. Escribe Ortega y Medina: "La presencia real de América, previa su *invención* por los humanistas y los poetas, transforma la utopía clásica en sueño despierto de casi Paraíso terrenal habitado por seres humanos y nobles que conviven armoniosa y felizmente en una tierra fragante, bella... que cede sus más opimos frutos sin mayores esfuerzos. La supuesta edad áurea se convierte en realidad americana,..." (19).
22. Véase mi artículo "El mapa de *El mundo de Juan Lobón*" *Hispania* 73, 3, (1990): 605-615.
23. Escribe Cro: "Innumerable passages in Peter Martyr's *De Orbe Novo* describe how the natives care more for the tools the Spaniards gave them in exchange for gold, expressing surprise that rational men would give up a good axe for a few pebbles of metal" (96).

que nunca tuve apego a nada, ni me dolió dar los trastos, el dinero o la ropa a quien me lo pidiera,..." (133). Al igual que el buen salvaje del Caribe, que según Pedro Mártir, "vive satisfecho con los bienes de la Naturaleza,"²⁴ Juan y las otras "escopetas calientes" viven sin pensar demasiado en su futuro. Juan escribe: "Pero alegre sí que lo fuí, que hasta las cachetadas y malos pagos que me daban terminaban por darme risa" (138), y de Pablo dice: "Así andaba siempre, alegre, y no le tenía miedo a la miseria sino a hacerse más viejo y no poder cazar" (83). Si creemos a Juan, hasta hace poco tiempo la casta de los cazadores también ha vivido sin grandes angustias existenciales: "illis beatories."

Según Pedro Mártir, los indios vivían: "sin leyes, sin jueces calumniosos y sin libros."²⁵ Juan Lobón, hombre muy del siglo XX, no puede aspirar a vivir en el Edén legal del Caribe precolombino, pero desde el comienzo de su relato deja claro que últimamente la arbitrariedad de las leyes y la justicia vienen violando su existencia. De hecho, la injusticia es la razón de ser de su autobiografía. El primer párrafo de "Cuatro Cosas" reza: "A lo primero la ley no era como ahora, que la abuela de don Gumersindo la cambió a su capricho. Antes no era así" (7). Al borde de la desesperación, si no la extinción, Juan abandona el uso de la fuerza física y su astucia silvestre en aras de procedimientos más legalistas. Admite: "Tan malo es esto que me he puesto a escribir" (8). Enseguida muestra su maña procesal con esta sentencia fehaciente: "Los papeles lo cambian todo si tienes influencia y convidas a éste y al otro que los escriben" (8). A diferencia del indio analfabeto, Juan sabe defenderse de la explotación de los foráneos, y la verosimilitud de su testimonio encanta y convence al lector. Juan también da fe de los jueces deshonestos con esta declaración:

Entonces el teniente de los civiles dijo:

-Todos los señores le han dado cuartos a Lobón: don Gumersindo el primero, y usted, juez, también le untó bien... para que se callara la boca (377).

24. El original en latín es: "natura contenti vitam agunt" (Cro 35). La traducción es mía.

25. Cro cita el original en latín en una nota: "sine legibus, sine calumniis iudicibus, sine libris" (43). La traducción es mía.

La usurpación de los derechos naturales de unos autóctonos prescindibles llega desde fuera y tiene como causa el deseo de cazar, una afición o aflicción tan poderosa que sólo puede controlarse a base de códigos estrictos. No cabe duda que desde una perspectiva jurídica, Juan Lobón es un vestigio del salvaje noble que perdura no en las colonias, sino en el *hinterland* gaditano.

Escribe Pedro Mártir de los isleños del Caribe: "Tienen ellos por cierto que la tierra así como el sol y el agua es común y que no debe haber entre ellos *mío* y *tuyo*, semillas de todos los males... No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes..." (Ortega y Medina 20). El mundo de Juan Lobón también "érase una vez" un lugar donde aparentemente se vivía en armonía con la Naturaleza y el prójimo. Si los indios americanos desconocían el concepto de propiedad privada, las "escopetas calientes" tampoco lo comprenden, sobre todo en cuestiones de caza. Juan inicia "Cuatro Cosas" parafraseando las leyes de caza antes vigentes. Un ejemplo: "Los bichos montunos son de todos y de nadie: del que los trinca. No hay castigos por matarlos" (7). No es, pues, una comarca tan primitiva que viva sin ley. Incluso Juan afirma su respeto y acatamiento ante la justicia antigua: "Yo no puedo pisar sembrado, ni lo que tiene techo, pero todo lo que por arriba y por abajo no tiene fondo, ni obra, ni semilla, puedo pisarlo" (11). Pero "los de los cuartos" han sembrado el campo de tablillas y -paradójicamente- el cazador por antonomasia ahora se ve obligado a pasar su vida saltando las lindes para poder ejercer su oficio. Dice don Gumersindo a Juan: "Si me entero que pisas lo mío te desgracio. Ya lo sabes" (135). La primitiva vida cinegética y el código rudimentario que la regía están pasando, como Juan y los indios, a la historia. De ahí su percepción de una carencia de justicia, ya que hasta hace poco tiempo, la idea de "tuyo" y "mío" simplemente no había existido en la caza. Recuerda Juan: "Entonces, la guardería no era lo que es ahora, porque de trincarte, lo más que te pasaba era que te echaban..." (36).²⁶ Desafortunada e inexorablemente, la Edad de Oro cine-

26. Es muy probable que Berenguer sacara esta idea del "derecho natural" a la caza de alguno de los libros de caza antiguos que tanto abundan en España. En *El Aviso de Cazadores* de D. Pedro Núñez de Avendaño (alcalá de Henares: 1543), el autor afirma el derecho de poder cazar de todos: "... que ningún emperador, ni rey, ni otro príncipe inferior no lo puede quitar ni vedar" (Delgado 12).

gética de los furtivos se ha transformado en una Edad de Plomo. La consabida leyenda negra ha vuelto a aparecer en la Andalucía del franquismo bajo la pluma de Luis Berenguer.

Al cotejar a Juan con el mito del noble salvaje, la complejidad de la ascendencia silvestre del furtivo de veras se aprecia. En primer lugar, Juan podría considerarse como un héroe patético aplastado por las fuerzas vivas. Por otra parte, su autobiografía pone el dedo en la llaga de la degeneración del ser humano con sus ambiciones triviales e intereses frívolos. Sin ir más lejos, está el afán del hombre moderno de poder "cazar" los fines de semana que denuncia Juan. El furtivo también ejemplifica (como don Quijote) lo que pudo haber sido el hombre de no haberse dejado dominar por la avaricia y el materialismo. Es más, Juan viene a simbolizar el amor a la verdad. Escribe: "Todo dios sabe las razones de don Gumersindo, las de don Senén, las de la ley y la justicia, pero nadie sabrá las de Juan Lobón si yo no las cuento" (13). Paradójicamente, en su autobiografía Juan demuestra que tanto física como espiritualmente es superior a sus contrincantes. Nadie se atreve a enfrentarse de poder a poder con Juan. Y su escrito condena la falsedad e hipocresía de los que tienen la obligación cristiana de ser los más justos, pero optan por crear su propio orden social. Al igual que sus precursores literarios, Juan se alza como la contrafigura del hombre "civilizado." Este se ha convertido en el lobo del hombre, y, para preservarse y medrar, regirá su zona de influencia bajo la ley del más fuerte. ¿Quién es más "lobón" o más "civilizado"?, es la pregunta que Berenguer hace a sus lectores a través de su noble protagonista salvaje. Juan pregona la *liberté*, la *égalité* y, en menor medida, la *fraternité* tan caras a los ilustrados franceses, principios con que éstos querían poner fin al absolutismo durante el Siglo de las Luces.

Luis Berenguer yuxtapone -al igual que Rousseau y Diderot- los bárbaros y los cosmopolitas con el fin de minar el concepto de la "nobleza", siendo su punto de contacto y contraste la noción que la nobleza, tal y como se mantiene en el mundo de Juan Lobón, es una contradicción. Visto desde esta perspectiva, el cazador es un personaje eminentemente democrático cuyo encanto radica en su oposición a la opresión del estado y al poder heredado. Viola el histórico y absurdo tabú que reserva la caza y demás frutos de la tierra para su dueño, y de rebote pone en tela de juicio el "antiguo régimen" agrario

andaluz que la dictadura franquista sustentaba. Si bien indirectamente, el cazador hasta se enfrenta con Franco matando un venado de siete puntos en una finca del dictador. De aquella dehesa Juan aclara: "El Tomellar no era de un dueño, sino de Franco, como las carreteras y los soldados" (249). La lucha por la supervivencia que sostiene Juan, adalid tácito de los furtivos, cobra, en los ojos de los escopeteros, visos simbólicos, ya que su condición de autóctono puede ser la chispa que haga saltar el polvorín reformador. Pero los terratenientes tienen una larga experiencia con estos rebeldes y su represión. Don Senén dirá de los furtivos lo siguiente: "Hay que atarlos corto, ya no hay respeto, ... no sé adónde vamos a llegar" (340).²⁷ Es más, el abogado representa al perfecto colonizador explotador, y, por eso, Juan le (nos) hará comprender su "eminencia cinegética" con estas palabras: "Ustedes no cazan, ni hacen más que destrozar" (277). Esta destrucción acarrea el sufrimiento y degradación del autóctono, que desafortunada e inexorablemente se ve obligado a testimoniar si no a participar en la expoliación natural. Lamenta Juan: "El campo lo secaron entre todos, porque nadie quería a nadie y nadie quería al campo" (293). Berenguer recrea y resucita este vástago del salvaje noble a sabiendas de que el lector reconocería su tinte rousseauiano aunque entendiera poco del oficio y del medio ambiente en que trajina el cazador.

A pesar de la crítica abierta y metafórica de la "nobleza campesina" que encierra la figura del furtivo, nuestro noble salvaje tampoco para de jactarse de su herencia cinegética, ni de dejar constancia de lo que él llama su "casta". Gran parte de la carga irónica de su historia gira sobre el doble engranaje genético con que opone la sangre de los Lobón a la de los Aldavaca, la familia de don Gurmensindo. Durante una batida, mientras el terrateniente y su secretario esperan en un tollo, aquel admite a Juan: "Yo soy un caballo de sangre y tú te pareces a mí cruzado en borrico: tú eres un mulo, eso, un mulo de casta" (300). Si bien a regañadientes, el señorito admite la alcurnia

27. Escribe Cro: "The period from 1682 to 1767 encompasses that period during which the Spanish officials came to perceive the noble savage of the Reductions [in Paraguay] as a rebel within the state, a threat to the rest of the colonies and, eventually, as an enemy, ..." (p. 6). La idea del noble salvaje como enemigo data, pues, casi de los comienzos del mito del mismo.

connatural de Juan y de ahí surge cierta tolerancia y comprensión entre ellos. Irónicamente, estos dos hombres se autodefinen ensalzándose el uno al otro como ejemplo del salvajismo.

No obstante, el furtivo se da cuenta que su casta, al igual que la de sus hermanos en el Nuevo Mundo, se acaba. Apunta: "Fue entonces cuando comprendí que ya no quedaban escopetas calientes, que cada vez los tíos se iban haciendo más como las hembras" (271). Pero Juan, no se doblega ante la implacable presión de la supremacía cultural, mientras que los caciques convierten a Pablo y al Goro en guardas. Es decir, "perdonan" y "toleran" sus actividades ilegales con tal de que éstos mantengan en jaque a los demás furtivos. En resumen, han esclavizado a los ex furtivos para que vigilen el *status quo* del *establishment* latifundista. Cuando Juan va a visitar a Encarna en la finca que guarda su padre, Pablo resume su vida nueva (léase su domesticación) con esta frase: "Nunca hay que nada hacer y siempre estás en falta por todo" (353). En definitiva, los cazadores han sido descastados, si no castrados, por la ley del más fuerte.

Pero Juan sí se considera una minoría selecta, y se lo declara al lector con su sempiterno sentido del humor: "Lobones hubo pocos y sobones muchos" (158). Todos los personajes acaban apreciando o envidiando las virtudes de Juan: su sabiduría naturalista, inteligencia, valentía, bondad y benevolencia. Pero es el hecho de ser el último furtivo de la comarca junto con su empeño en permanecer allí cazando -su firmeza hercúlea- lo que lo condenan y lo convierten en algo más que un vago y maleante campestre con ribetes de romántico buen salvaje. Afirma White: "A given culture is only as strong as its power to convince its least dedicated member that its fictions are truths" (153). Si con su destreza cinegética Juan pone en evidencia las debilidades físicas de "los de los cuartos", desde la atalaya de su histórica y congénita marginación y ahora desde la cárcel, Juan se da cuenta y se opone a las ficciones de "los de las uñas limpias." Seguramente Juan no estropea la caza de los señores, pero su negación a abandonar su vida libre e independiente sí sirve a éstos de pretexto para aniquilarlo.²⁸ Para trincarlos, mandan a sus propios guardas matar

28. Para Husband, otra de las características y ramificaciones del hombre salvaje medieval es la de: "..., the scapegoat for unexplained calamities o quirks of nature" (5). Juan es, sin duda, un chivo expiatorio para terratenientes.

animales en el vedado y dejarlos tirados en el campo. Con esta alevosía intentan matar dos pájaros de un tiro. En primer lugar, si obligan a Juan a dejar de ejercer su vocación, tal vez su ausencia mejore la caza. Segundo, el domar a Juan significaría y sellaría la validez y la continuación del latifundio. En este sentido, el cazador andaluz se entronca con el salvaje noble de Rousseau, un personaje que representa una alternativa política. De ahí el apremio que sienten los caciques (nunca mejor dicho) de eliminar, de *desmitificar* al legendario cazador. A este nivel Berenguer genera una lucha doblemente encarnizada en la que las dos castas intentan desmitificarse la una a la otra. Pero a diferencia de sus precursores franceses, Juan sabe tomar tanto la justicia como la pluma por su mano. De ahí que vaya surgiendo -efectiva y literariamente- una conexión más cerrada entre el lector y este noble cazador ilustrado e ilustrativo.

En la obra del pensador ginebrino, el salvaje noble cobra valores alegóricos, sobre todo si entendemos la alegoría en el sentido de "decir una cosa y querer decir otra."²⁹ En *El contrato social*, Rousseau afirma que ningún gobierno tiene el derecho de privar a un hombre de su libertad. Aunque curiosamente, según Rousseau, dicho hombre libre sólo puede existir en un estado natural ideal, si es que este estado existiese alguna vez. Conserváranse o no aquel estado y aquel salvaje noble, para Rousseau la libertad era sagrada. En *El Emílio*, Rousseau reitera que el salvaje noble sólo sobrevive en lugares apartados y está condenado a desaparecer, si bien este hombre primitivo y su vida ejemplar le valen al pensador para denunciar la corrupción y la degeneración del Viejo Continente. Los paralelismos entre este personaje dieciochesco y Juan Lobón son múltiples. Aunque Juan da a entender que vive en un paraíso cinegético, en realidad su vocación es muy ruda. Confiesa: "Mis manos destrozadas, las botas lisas, la barriga sin una gota de manteca:..." (407). En realidad, Juan Lobón se llama José Ruiz. Este, durante la penuria de la posguerra sí vivió a duras penas de cazar conejos y piezas menores, pero nunca pudo

29. Escribe Cro: Fletcher's definition of allegory as that which 'says one thing and means another,' suits quite nicely not only Rousseau's interpretation of Machiavelli's *Prince*, but justifies my own allegorical reading of Rousseau, for whom, as we have seen, man in the state of nature might never have existed" (142). Esta definición también es la base de mi lectura alegórica de *Juan Lobón*.

cazar piezas mayores porque no las había.³⁰ ¿Existió alguna vez el salvaje noble o Juan Lobón? Hay que concluir que Juan Lobón es una creación novelesca muy idealizada, muy de la escuela de Rousseau, que, viviera o no en el Edén cinegético, dijo muchas cosas cuyo significado puede ser otro, pero que al igual que el salvaje noble del enciclopedista, alegoriza la libertad individual en un estado más democrático.

Según el Rousseau de *El Emilio*, nuestra salvación radica en crear un nuevo sistema de educación que capacite a tutores apropiados a instruir a jóvenes aptos, de forma que el salvaje latente en cada discípulo surja y suprima los hábitos, normas y convenciones que sólo perpetúan el estado de decadencia existente en la sociedad europea. Al final de la novela cuando Juan descubre que Encarna se ha quedado embarazada de nuevo, dice de su nuevo hijo: “-Ese será mejor que nadie. Ese no la mula, la Zarza entera se la echará a la espalda” (417). Otro Hércules. Enseguida se pone reflexivo: “Pensaba yo en mi padre, en mi abuelo,... el monte... y las cosas limpias que me habían hecho hombre” (419), para luego inquietarse: “...y [si] crecía mi hijo sin tenerme a su vera, nada sabría de su casta, de las cosas que a mí me engloriaban y que tenía obligación de enseñarle” (419).

Encarcelando a Juan y convirtiéndolo en escritor, Berenguer no sólo lo transforma en un jurisperito, sino en un libre pensador, en el cabecilla de los suyos, en el maestro de sus lectores, y, por tanto, en un contrincante sumamente peligroso para las fuerzas vivas. Su escrito tiene una obvia finalidad sociopolítica. Contándonos sus peripecias el cazador defiende la igualdad y libertad de todos, pero sus experiencias también pretenden explicitarnos “las cosas limpias” de la vida. Como el buen salvaje rousseauiano (y don Quijote) que inspira a los demás a buscar los ideales perdidos, Juan también aboga por la

30. En una entrevista con los guardas del Reserva Nacional de los Alcornocales cerca de Alcalá de los Gazules, el trece de agosto de 1992, éstos me explicaron que durante la posguerra la caza mayor desapareció de la zona debido al constante furtivismo de los piconeros y demás gentes del campo. Gracias a la repoblación de piezas mayores y una mejor vigilancia, la sierra ha recuperado su fauna indígena y ha vuelto a ser un paraíso cinegético, para los que puedan pagar el precio (cientos de miles de pesetas) de un puesto en una batida.

supremacía de la verdad y las virtudes.³¹ La caza y el cazador alegorizan, pues, estas aspiraciones que proceden de sus precursores franceses y españoles. De ahí nuestra identificación y comprensión del furtivo y su vocación.

Juan Lobón: El hombre salvaje en el siglo XX.

Desde la protohistoria hasta el presente, la noción del hombre salvaje se viene asociando con aquellas zonas del mundo que estaban sin civilizar -el desierto, el bosque, la jungla, la sierra, o el Estrecho de Gibraltar hercúleo. Una tras otra, estas geografías fueron colonizadas, un proceso destructivo que ocasionaba una simultánea "desespacialización" del concepto mito del hombre salvaje. Este aniquilamiento genocida y reducción geográfica corren parejos con un proceso compensatorio de interiorización del fenómeno del hombre salvaje. Es decir, hoy día, en vez de la idea reconfortante de que el hombre salvaje prácticamente ha dejado de existir, o que puede ser controlado mediante la fuerza física o la "justicia" -tal y como intentan hacerlo los caciques de *El mundo de Juan Lobón*-, se cree que el hombre salvaje se agazapa dentro de todos.³² Ahora, en vez de representar una forma de humanidad peculiar, *presocial*, que subsiste "por ahí" o vivía "hace tiempo", el hombre salvaje existe en el sentido psicosocial de la palabra, siendo sus manifestaciones actuales los *hooligans*, los yonquis, los bandos terroristas y otros cuya violencia podría achacarse, entre otras cosas, a una marginación y colonización similares a las que padece nuestro insólito furtivo. La desespacialización de Juan es tanto física como espiritual. En la cárcel el autobiógrafo

31. En su última novela, *El campo de agramante* (Barcelona: Anagrama, 1992), José Manuel Caballero Bonald relata (a través de su protagonista narrador) este encuentro de hombres "civilizados" con unos cazadores pervivientes en el Parque Nacional de Doñana: "Me agradaba, sin embargo, ver al tío departiendo sin ninguna ficticia naturalidad con aquella gente menesterosa y acendrada, oriunda de una ya extinguida progenie de inquilinos del edén y cuyas noblezas y hospitalidades se regían por unas leyes que nadie había promulgado porque jamás habían perdido su vigencia protohistórica. Era como si el rango de aquella naturaleza en permanente peligro de profanación hubiese encontrado su más limpia garantía de supervivencia en el rango de aquellos pocos seres ilesos que la habitaban" (199). El hombre primitivo sigue viviendo en la literatura andaluza.

32. Estas ideas son de Hayden White. Véase el capítulo 2, "The Forms of Wildness," de su libro *The Tropics of Discourse*.

testimonia la interiorización de sus angustias redactando frases como ésta: “Al paso de los días yo estaba como loqueando y a veces me liaba con la puerta a patadas, dando botes como un pájaro perdiz al cortado,...” (396). Pero, paradójicamente, el miedo de la casta cinegética y el temor de “los de las uñas limpias” son los mismos: la creciente disminución (valga la contradicción) de piezas y cazaderos amenaza el fundamento de sus existencias. Juan rememora la recién eclipsada Edad de Oro cinegética de su mundo así: “...en aquellos días, rara era la semana que yo no mataba un par de reses, o una res y un cochino y dos o tres cientos de conejos y unas docenas de pájaros perdices” (76).³³ Pero esta Edad de Oro prehistórica con su mínimo de roces y competencias entre bandos de cazadores, que sí existía hace poco en la serranía gaditana desaparece a ojos vistas.³⁴

De ahí que el “salvajismo” de todos haga acto de presencia. Al comienzo de la tercera parte de *El mundo de Juan Lobón*, simbólicamente titulado “En el Campo Contra los demás”, Juan dice a Pablo: “-O nos defendemos o, de aquí a un par de años nos arrastran” (267). El acoso de los aficionados sólo sirve, pues, para intensificar la barbarie de los furtivos y enzarzar la existencia de todos. El resultado final es que todo el mundo pretende tomar la justicia por su mano enmendando la ley de Talión para que se lea: “cazar o ser cazados.” A pesar del camuflaje cinegético con que Berenguer arropa este mensaje, su significado alegórico no se le escapa a ningún lector medianamente atento.

33. Concluye el profesor Gómez-Tabanera: “..., dado el hecho de que el hombre en sus inicios, se forjó para subsistir como cazador-recolector sobre el Planeta Tierra, cosas que ha venido haciendo a lo largo de casi cinco millones de años. Es indudable que al abandonar hace unos 10.000 años sus prístinas artes de subsistencia, tras su desahucio del Paraíso y la adopción de la llamada Revolución Agraria el hombre se ha enfrentado irreversiblemente ante una nueva existencia, que a la larga ha metamorfoseado completamente el Planeta que ante su humanización irreversible se enfrenta en el próximo milenio, a la alternativa de la muerte de la especie, o de una nueva adaptación biológica” (346). Escribe Bartolomé Bennassar de la caza en la España áurea: “Ya tendré ocasión de volver a hablar de la caza, verdadero deporte nacional que no estaba en absoluto reservado a la nobleza. Pero ya podemos afirmar que las presas, grandes y pequeñas, de pelo o de pluma, eran extremadamente abundantes en un país que era tan vasto como Francia y que en aquella época contaba únicamente con ocho millones de habitantes...” (439).

34. Afirma Deibes en *El último coto*: “Mal asunto. Somos tan sabios que la caza está dejando de ser por días un hecho natural” (223).

Para que su extraño protagonista y su desfasada vocación “conectaran” con el lector cosmopolita, Berenguer reforzó sigilosamente el vínculo natural y literario entre el histórico furtivo andaluz y la evolución artística del hombre salvaje. Para estrechar esta conexión, el literato cede el paso narrativo a Juan Lobón permitiendo así que su personaje cazador explique su vida “muy por extenso” con el fin de que el lector vaya “trincando” los valores metafóricos encerrados en su psique y vocación salvajes. Al final de su autobiografía Juan dicta la siguiente sentencia basada en imágenes furtivas perfectamente comprensibles: “Todos nos saltamos las lindes, todos ponemos tablillas en el campo o el corazón” (410). Por eso, cuando Juan afirma en su prólogo que sólo un cazador puede conocer a otro cazador, alegoriza. Con Juan Lobón, Luis Berenguer resucita genialmente el mito concepto del hombre salvaje recreando la historia de otro ser desconocido, su doble “desespacialización” (la destrucción de su medio ambiente y su detención) y la interiorización de sus inquietudes vitales. Haciendo gala de su vocación en sus cuartillas, este hombre que todavía “ramonea en el subdesarrollo” se humaniza deshumanizando a los que intentan darle caza. No es que el oficio y mundo de Juan sean prístinos e incontaminados, la caza es la quintaesencia de la barbarie y así la define el furtivo: “Lo de cazador es eso, arrimarse al animal avisado y quedarse con él, con la escopeta, o a bocados...” (61). No obstante, la autenticidad y genuinidad de Juan brillan por su ausencia en los escopeteros.³⁵ El cazador, más que descubrir las debilidades y una cierta degeneración del cacique que contagia a los demás, revela el sustrato antropófago en todos. ¿De veras cuánto hemos progresado, hemos evolucionado? He aquí la pregunta subyacente y radical que hace Berenguer mediante su protagonista. He aquí el elemento sobrecogedor e inquietante de este salvaje del siglo XX que, inevitablemente, hace mella en el lector. Irónicamente, con su autobiografía Juan pone de manifiesto que el “salvajismo” no es una condición remota, sino genética, instintiva y tan superviviente en nosotros como el cazador en el *hinterland* gaditano. Esta fiereza es la

35. Ortega cuenta la reacción de su amigo, el Conde de Yebes, ante el furtivo en estos términos: “Yebes descubre que él no es cazador, que con todos sus entusiasmos no logra penetrar en la sólida profundidad de saber y poder venatorios que el furtivo atesora” (88).

“caza peor” a que él se refiere en su prólogo y que, al igual que el hombre salvaje, viene apareciendo mítica, alegórica, histórica y artísticamente a lo largo de la evolución humana.

Obras Citadas.

Bennassar, Bartolomé. *Historia de los españoles*. Barcelona: Crítica, 1985.

Berenguer, Luis. *El mundo de Juan Lobón*. Madrid: Alfaguara, 1967.

Bernheimer, Richard. *Wild Men in the Middle Ages*. Cambridge: Harvard UP, 1952.

Caballero Bonald, J.M. *El campo de Agramante*. Barcelona: Anagrama, 1992.

Cro, Stelio. *The Noble Savage*. Waterloo, Canada: Wilfrid Laurier UP, 1990.

Delgado, Feliciano. *Los libros de caza de la biblioteca del Palacio de Viana*. Córdoba: Caja Provincial de Ahorros, 1982.

Delibes, Miguel. *El último coto*. Barcelona: Destino, 1992.

Fernández Jiménez, Juan. “La trayectoria literaria de Diego de San Pedro.” *Cuadernos hispanoamericanos* 387 (septiembre de 1982): 647-57.

Gómez-Tabanera, J.M. *La caza en la prehistoria*. Madrid: Istmo, 1988.

Husband, Timothy. *The Wild Man: Medieval Myth and Symbolism*. New York: the Metropolitan Museum of Art, 1980.

Keller, John E. y José Antonio Madrigal. “The Recently Discovered ‘Wild Man’ in the *Alfarjes* at Los Balbases (Burgos).” *Crítica hispánica* 5 (2) (1983): 117-28.

Madrigal, José A. *El salvaje y la mitología, el arte y la religión*. Miami: Universal, 1975.

Mazur, Oleh. *The Wild Man in the Spanish Renaissance and Golden Age*. Ann Arbor, Michigan: University Microfilms, 1980.

Ortega y Gasset, José. *La caza y los toros*. Madrid: Espasa-Calpe, 1962.

Ortega y Medina, Juan A. "Leyenda Aurea. El buen indio y el calibán indiano." *Cuadernos hispanoamericanos* 1 (1) (1987): 16-29.

Pinkola Estés, Clarissa. *Women Who Run With the Wolves*. New York: Ballantine, 1992.

Renard, Jean Bruno. "The Wild Man and the Extraterrestrial: Two Figures of Evolutionary Fantasy." *Diogenes* 127 (Fall 1984): 63-81.

Sánchez-Dragó, Fernando. *Gárgoris y Habidis*. Pamplona: Peralta, 1980.

San Pedro, Diego de. *Cárcel de amor*. Edición de Keith Whinnon. Madrid: Castalia, 1971.

White, Hayden. *The Tropics of Discourse*. Baltimore: John Hopkins UP, 1978.

Wood, Guy H. "Las ratas y *El mundo de Juan Lobón*: Dos novelas cinegéticas." *Selecta* 8 (1987): 144-51.

———. "El mapa de *El mundo de Juan Lobón*. *Hispania* 73 (3) (Sept. 1990): 605-15.

———. "Autobiografía y Narratología en *El mundo de Juan Lobón*." *Letras peninsulares* En prensa.